
**DIME QUIÉN ERES Y TE DIRÉ QUE
TAN IGUALITARIO/A ERES: VALORES
DE GÉNERO E IMPLICANCIAS PARA
LA PARTICIPACIÓN POLÍTICA EN
URUGUAY**

*TELL ME WHO YOU ARE AND I'LL TELL YOU
HOW EGALITARIAN YOU ARE: GENDER VALUES
AND POLITICAL PARTICIPATION IN URUGUAY*

Verónica Pérez
Daniela Vairo

Resumen

A partir de los datos del Estudio Mundial de Valores del año 2006 este trabajo analiza los cambios que los valores de género han tenido en la opinión pública uruguaya. El trabajo busca explicar qué factores operan en la conformación de valores más igualitarios de género. Se encuentra que las mujeres, y en especial las pertenecientes a los estratos más educados son más críticas ante los estereotipos de género y muestran valores más igualitarios. Dada la composición actual de la élite política uruguaya esto tiene implicancias para el logro de una participación equilibrada de hombres y mujeres en la esfera pública.

Palabras Clave: Valores; Género; Política.

Abstract

Based upon the data of the World Values Survey Research from 2006, this paper analyzes gender value changes and their impact on the Uruguayan public opinion. We also seek to explain what factors operate in the structuring of more egalitarian gender values. The results indicate that women, especially those that belong to the more educated strata are more critical of gender stereotypes and demonstrate more egalitarian values. Given the actual composition of the Uruguayan political elite, it has implications for the gains of a balanced participation of men and women in the public sphere.

Keywords: Values; Gender; Policy.



Reprodução e autorização:
revistadebates@ufrgs.br
ISSN Eletrônico 1982-5269
ISSN Impresso 2236-479X
www.revistadebates.ufrgs.br

Introducción¹

El estudio de las características y determinantes de las (des)igualdades de género ha estado presente en forma creciente en la agenda y producción académica en las últimas dos décadas. La igualdad de género, en tanto uno de los elementos del desarrollo humano, se vincula con la *calidad* de la democracia entendida no sólo como el goce de los derechos formales de participación y asociación, sino también como la ampliación de las oportunidades de participación efectiva para las personas.

Así, desde una perspectiva del desarrollo que tienen en cuenta el pleno goce de los derechos humanos, las disparidades en el acceso a los recursos que siguen experimentando las mujeres respecto a los hombres (menos acceso al mercado de empleo, menores ingresos por igual función, subrepresentación en cargos de decisión política) debe ser considerada como un problema del desarrollo en la medida en que las sociedades desaprovechan la mitad de las capacidades humanas con las que cuentan.

Así por ejemplo, estudios en cultura política sustentados en el paradigma socio-céntrico, han llamado la atención sobre la importancia que tiene el desarrollo de una cultura política igualitaria sobre el acceso de las mujeres a la esfera política (INGLEHART y NORRIS, 2000; INGLEHART y WELZEL, 2006). En este sentido, valores igualitarios de género harían no sólo que las mujeres fueran consideradas como sujetos “normales” en la vida pública por quienes seleccionan candidaturas (*gatekeepers*) sino que también, una cultura política igualitaria imprimiría en las propias mujeres confianza en su capacidad para la incidencia en éste ámbito.

No obstante, la importancia del desarrollo de una cultura política igualitaria ha sido un factor poco explorado a nivel de la ciudadanía en los estudios que intentan explicar la subrepresentación de las mujeres en política en América Latina. Esto se debe a la influencia directa que sobre el fenómeno tienen los factores propios del sistema político, en especial los procedimientos de selección de candidaturas que utilizan los partidos y los seleccionadores de candidatos a su interior. En Uruguay este ha sido el tema central de los estudios en política y género que intentan explicar las barreras que encuentran las mujeres para acceder a cargos de representación política (ver por ejemplo, Johnson, 2005 y Johnson y Pérez, 2010).

A la luz de estos antecedentes, este trabajo tiene como objetivo estudiar la configuración de los valores hacia los roles de género (o estereotipos de género) en Uruguay, país de América Latina que alcanza uno de los mayores niveles de modernización socioeconómica (junto a Chile, Argentina y Costa Rica) pero que presenta una de las tasas

¹ Una versión preliminar de este artículo fue publicado en la *Revista de Ciencias Sociales*. N.27. 2010. Facultad de Ciencias Sociales, UdelaR. CSIC. Montevideo.

más bajas de presencia de mujeres en el Parlamento. Para esto, el artículo utiliza datos del Estudio Mundial de Valores y se vale de dos modelos *logit* para explicar los factores que influyen en la configuración de los estereotipos de género en política, medidos a partir de la pregunta que solicita a los/as entrevistado/as señalar su acuerdo o desacuerdo con la frase “en general los hombres son mejores líderes políticos que las mujeres”.

El trabajo encuentra que las mujeres son significativamente más críticas hacia el estereotipo de género y que el efecto del sexo es más fuerte aún en las franjas de población de mayor nivel educativo. El artículo especula sobre los efectos que este hecho tiene sobre la participación de las mujeres en política.

El artículo se estructura de la siguiente manera: en el segundo apartado se hace una revisión de la literatura sobre formación de valores y actitudes igualitarias de género y se ubica a estos valores dentro de los llamados valores de “autoexpresión”. Posteriormente se comentan algunos aspectos de la importancia de una cultura igualitaria para el funcionamiento democráticos. En la sección siguiente se describe la evolución y distribución de tres variables que dan cuenta de valores de género para luego pasar a análisis de una de ellas a partir de dos modelos de regresión logística. Finalmente, se esbozan algunas conclusiones y se plantean interrogantes para el futuro.

Revisión de la literatura existente sobre el desarrollo de valores y actitudes igualitarias de género

El género es una construcción social y designa las relaciones sociales entre los sexos, o el conjunto de ideas y valoraciones sobre lo masculino y lo femenino. Género es distinto de sexo, aunque ambos términos están relacionados: mientras el sexo refiere a lo biológico, el género refiere al comportamiento que se espera de las personas según su sexo. A partir de las concepciones de género se derivan estereotipos, es decir, modelos de conducta asignados a hombres y mujeres². En este sentido, en general, lo masculino ha estado históricamente ligado a la esfera pública y a las tareas de la producción de bienes, mientras que lo femenino se ha relacionado con la esfera privada y las tareas de la reproducción biológica y social (*tareas del cuidado*). Por lo tanto, y concibiendo a los valores en general como un mapa mental en el sentido de cosmovisiones a partir de las cuales los individuos se interpretan y comprenden a sí mismos y al mundo que los rodea (YERIC y TODD, 1996), aquí se designará con el nombre de valores sustentados en concepciones de género (*valores de género*) al conjunto de ideas y

² Sanbonmatsu (2003) define los estereotipos como estructuras cognitivas basadas en creencias y expectativas sobre los grupos sociales en virtud de las cuales la gente caracteriza al resto, en parte porque al hacerlo se aseguran una buena parte de información a bajo costo.

prescripciones sociales que determinan los derechos, deberes y recompensas que corresponden a hombres y mujeres en las distintas esferas de la sociedad y delimitan sus actitudes y conductas.

Las nuevas teorías de la modernización cultural – herederas de los enfoques sociocéntricos de la literatura clásica en cultura política – ubican a los valores igualitarios de género dentro de los valores de “autoexpresión”, relacionados con la autonomía personal y la libertad de elección de las personas. Dentro de estos valores, se incluirían los llamados valores posmaterialistas dentro de los cuales también se encuentran otros como el cuestionamiento a la autoridad tradicional, la liberalización de las conductas sexuales y la despenalización del aborto, una mayor tendencia a la aceptación de la diversidad humana, así como el surgimiento de movimientos anti-discriminación en varios frentes y nuevas formas de participación política no ligadas a las tradicionales formas partidarias.

El surgimiento de los valores de autoexpresión sería producto de los procesos de modernización socioeconómica. Como señalan Inglehart y Baker (2000) cuando la supervivencia no está garantizada las personas se apoyan en valores y normas tradicionales – como los roles de género o los modelos tradicionales de familia – de forma de maximizar la predictibilidad de un mundo incierto. En estas sociedades los roles de género son rígidos y colocan al hombre como principal proveedor de bienes y a la mujer como principal cuidadora y encargada de las funciones de la reproducción biológica y social. La crianza y cuidado de los hijos e hijas es concebida como metas centrales y principal función de las mujeres y su principal recurso de satisfacción personal³.

Pero si a nivel comparado entre países las variables socioeconómicas tienen gran poder explicativo en el surgimiento de los valores de autoexpresión en general, y de los valores de equidad de género en particular, a nivel individual algunas investigaciones han

³ Sin embargo, la asociación entre modernización socioeconómica y valores igualitarios de género no es perfecta: algunas sociedades avanzadas como Noruega, Finlandia y Alemania Occidental muestran mejores puntajes de lo que se esperaría, en tanto otras, como Estados Unidos y Japón puntúan peor. No todas las sociedades responden al cambio de igual manera y en la misma dirección sino que otros factores están mediando en la relación como las creencias religiosas y los legados históricos e instituciones políticas (INGLEHART y NORRIS, 2003). De este modo, Steel y Kabashima (2008) en su estudio sobre los países asiáticos y en especial sobre Japón, han señalado que pese a que estas sociedades han alcanzado un estadio avanzado de desarrollo socioeconómico, muestran valores de género tradicionales, incluso en mayor grado que países de regiones menos desarrolladas como América Latina. Steel y Kabashima sostienen que los procesos de modernización no son idénticos de una sociedad a otra, y eso hace que ciudadanos/as de diferentes regiones no compartan los mismos valores por más que se encuentren en sociedades con un mismo estadio de desarrollo. Según los autores, en los países de Asia del Este los procesos de modernización incorporaron las desigualdades de género y por lo tanto, los valores del público reflejan las normas desigualitarias promulgadas por sus gobiernos.

encontrado que el sexo es una variable influyente. Así Inglehart y Norris (2000; 2003) como Inglehart y Welzel (2006), hallan que las mujeres exhiben valores de género más igualitarios que los hombres, pues rechazan el dominio del estereotipo masculino en política y en la actividad económica – ámbitos de actuación tradicional de los hombres – en mayor medida que aquellos. Si bien los autores señalan este fenómeno como tendencia, encuentran que en los países ricos la brecha en los valores que muestran hombres y mujeres es mayor que en los países pobres.

¿A qué obedecen las diferencias por sexo en este tipo de valores y actitudes? Aunque la influencia del sexo en la configuración de las actitudes políticas es un fenómeno poco abordado por la literatura especializada, algunos trabajos han llamado la atención sobre la existencia de una “paradoja de género” en opinión pública (RENDLOVA, 1999). La autora advierte que en la mayoría de los temas investigados no es posible encontrar diferencias significativas en las opiniones y actitudes de hombres y mujeres, y cuando esa diferencia es encontrada, otras variables (demográficas o socioeconómicas) tienen mayor capacidad explicativa. Por lo tanto, desde el punto de vista de la opinión pública el problema de género no es tal.

Pero existiría una excepción importante: cuando el tema de género es el centro de la investigación. De esta forma, Rendlova señala que en temas como la posición de la mujer, la liberalización o la igualdad de oportunidades, las diferencias en las opiniones de los hombres y las mujeres son evidentes y muchas veces dramáticas. Entonces la pregunta es si la cuestión del género es artificialmente construida y tiene su propia existencia aparte del resto de los problemas sociales o es parte de diferencias más profundas en los valores y actitudes de hombres y mujeres. Rendlova sostiene que como consecuencia de que hombres y mujeres están situados diferencialmente en la sociedad debería ser posible identificar diferencias en la estructura de valores y actitudes que no son directamente relacionadas con las cuestiones de género. La autora encuentra que el género puede modificar los valores indirectamente a través de la educación.

De forma similar, Kane (1998) señala que las desigualdades de género constituyen una dimensión distintiva de la estratificación que genera diferentes intereses y experiencias para los hombres que para las mujeres. A partir de los desarrollos sobre los intereses de género de Maxine Molyneux, Kane afirma que las mujeres experimentan múltiples situaciones de dependencia respecto de los hombres: dependencia económica como consecuencia de su menor participación en el mercado de empleo y menores salarios; dependencia política basada en la dominación masculina de las estructuras formales de poder; dependencia en la esfera privada respecto a la autoridad de los hombres en la toma de decisiones, etc. Estos tipos de dependencia son los que conformarían un contexto social de “estratificación de género”. En este sentido, la hipótesis de Kane (1998) es que la dependencia de las mujeres y la existencia

de lazos íntimos fuertes (especialmente en la familia) configuran en ellas una conciencia sobre la inequidad de género, desalentándolas en la formación de un pensamiento crítico sobre la estratificación de género y dibujando sus interpretaciones de estas desigualdades en la misma línea que las que tienen los hombres.

La autora estudia estas hipótesis a partir de tres tipos de actitudes: críticas a las desigualdades de género en el hogar y la familia; críticas a las desigualdades de género en el mercado de empleo, y orientaciones sobre acciones sociales en temas relacionados con el género. Para los tres indicadores las mujeres expresan actitudes más igualitarias que los hombres, es decir, son más críticas a las inequidades de género y apoyan más las acciones sociales tendientes a remediar dichas desigualdades. A su vez, Kane también encuentra una asociación entre grupos de mujeres que denomina “dependientes” (casadas o viudas, pertenecientes a los sectores menos educados y que no participan en el mercado de trabajo, por ejemplo las amas de casa) que expresan menores niveles de críticas, y mujeres “independientes” (aquellas con mayores niveles educativos e insertas en el mercado de empleo) que expresan niveles más altos de críticas.

La importancia de una cultura igualitaria para el funcionamiento democrático

Los estudios clásicos en cultura política (ALMOND y VERBA, 1963; MCCLOSKEY, 1964) coincidían en su preocupación por investigar el vínculo entre las actitudes de la ciudadanía y el desarrollo de las democracias, o mejor dicho la sustentabilidad de los regímenes democráticos liberales. Según estos trabajos, si los individuos que viven en democracia no creen y confían en ella, el régimen político se verá constantemente amenazado, pues las instituciones democráticas (leyes, contratos, normas en general) serían siempre socavadas por la falta de fe de las personas.

No obstante, pasadas estas preocupaciones de los estudios originarios, los trabajos posteriores y en especial los estudios de género, han comenzado a considerar el peso de la cultura política sobre un conjunto de problemas ligados a la calidad democrática, entre ellos, la presencia más o menos igualitaria de hombres y mujeres en cargos de decisión política (ver por ejemplo Inglehart y Norris, 2000 y 2003, e Inglehart y Welzel, 2006).

Así, algunos estudios comparados han encontrado que la prevalencia de valores más igualitarios hacia los roles de género en una sociedad produce aumentos en las tasas de presencia femenina en los parlamentos nacionales (INGLEHART y NORRIS, 2000; 2003). Dos razones explicarían esto. En primer lugar, los estereotipos de género influirían a nivel de la oferta electoral y el grado en que las mujeres están preparadas (psicológicamente) para competir por un cargo público. En este sentido, dado que los valores predominantes en cada sociedad determinan los derechos, recompensas y poderes para hombres y mujeres en las

distintas esferas – entren ellas la esfera pública – las explicaciones centradas en la dimensión de la oferta, sostienen que en donde prevalece una cultura tradicional las mujeres no sólo están limitadas por la sociedad en cuanto a las oportunidades que persiguen, sino también por ellas mismas (INGLEHART y NORRIS, 2003).

Pero por otro lado, los estereotipos de género también influirían sobre el nivel de la demanda, es decir, sobre el grado en que las mujeres son “requeridas” en la actividad política por los seleccionadores de candidatos/as (*gatekeepers*) al interior de los partidos, pero también por los medios de comunicación y hasta por el propio electorado al momento de evaluar una candidatura.

Sin embargo, otros trabajos han relativizado la influencia de los estereotipos de género a nivel de la ciudadanía como predictores de la tasa de mujeres parlamentarias, y en su lugar resaltan la importancia de las variables propias de los sistemas políticos (MATLAND, 2004). De este modo, Norris (2004; 2006) ha destacado la compleja relación que existe entre las reglas electorales de un sistema y el comportamiento de sus actores políticos (partidos, fracciones y líderes). En la medida en que los actores políticos son racionales – buscan votos para ganar la elección – actúan estratégicamente en el contexto en el que se mueven buscando conservar su poder o aumentarlo. Así, para Norris, las reglas electorales no son neutras, sino que generan estímulos y constreñimientos en los actores para comportarse de determinada manera y esto, a su vez, tiene consecuencias sobre la selección de las personas que competirán por los cargos políticos.

Por lo tanto, al momento de seleccionar candidatos/as, como forma de minimizar los riesgos electorales, será racional para los seleccionadores, nominar a los actuales ocupantes de los cargos (*incumbents*) y, ante su ausencia o imposibilidad, tenderán a nominar personas con características similares a ellos. Dado que por lo general, las élites políticas están compuestas por hombres, de formación profesional y pertenecientes al grupo étnico dominante, las posibilidades de los “nuevos” grupos, entre ellos las mujeres (pero también los jóvenes) para acceder a las candidaturas se reducen, predominando tendencias al *status quo*.

En este sentido, como señala Matland (2004) en la mayoría de los países las etapas cruciales del proceso de reclutamiento legislativo de las mujeres son su decisión para postularse y las etapas en las que los partidos realizan las nominaciones. Dado que los partidos controlan los procesos de nominación, la injerencia de la ciudadanía en este proceso es escasa.

Si bien puede aceptarse que el vínculo entre estereotipo de género a nivel del electorado y presencia de mujeres en cargos políticos no es lineal, pues los partidos políticos operan como intermediarios, las élites políticas no existen de manera aislada, sino que se nutren del cuerpo ciudadano y en particular de ciertos estratos (como ya se señaló las élites políticas están sesgadas por sexo, nivel educativo y nivel de ingresos). Por tanto, es relevante

estudiar la forma en que se distribuyen los estereotipos de género en la población ya que su distribución puede ser indicativa de su prevalencia a nivel de la élite.

Las desigualdades de género en Uruguay

Pese a que Uruguay fue un país de avanzada en la región al consagrar los derechos de ciudadanía para las mujeres en 1932, la actualidad la democracia uruguaya plantea dificultades para incorporar a las mujeres a algunas esferas, en especial a la esfera pública.

Según el Informe de Desarrollo Humano 2009, Uruguay se encuentra dentro de los países con desarrollo humano alto y ocupa el lugar 50 en el Índice de Desarrollo Humano (IDH)⁴ en el mundo y la tercera posición en América Latina, siendo superado por Chile (lugar 44) y Argentina (lugar 49). Cuando esta medida es controlada según las desigualdades entre hombres y mujeres, se obtiene el Índice de Desarrollo Relativo de Género (IDG). En este indicador la posición relativa de Uruguay mejora en un lugar respecto a la posición obtenida en el IDH: ahora está en el lugar 45, siendo superado en América Latina sólo por Chile que se ubica en el lugar 41. No obstante, la situación cambia cuando lo que se consideran son recursos de poder. Además del IDG, el PNUD elabora el Índice de Potenciación de Género (IPG), una medida que resume el desempeño de las mujeres en el acceso al poder político (cargos) y al poder económico (ingresos). Cuando se considera este índice, la posición de Uruguay empeora: ocupa el lugar 63 en el mundo, siendo superado ahora por 8 países latinoamericanos.

De hecho, el mal desempeño de Uruguay en el IPG obedece a la escasa presencia de mujeres en cargos de poder político. Así, luego de las elecciones de 2009 las mujeres representan el 14,1% del Parlamento lo que según la Clasificación Mundial de Mujeres en los Parlamentos que elabora la Unión Interparlamentaria ubica a Uruguay en el lugar 78 de un total de 188 países y en el lugar 13 de 19 países Latinoamericanos. A nivel ejecutivo en tanto, la participación de mujeres ha sido mucho más reducida. No sólo nunca ha habido una mujer presidenta o vicepresidenta ni integrando fórmulas presidenciales con posibilidades de acceder al gobierno (como sí ha ocurrido en los países vecinos), sino que también ha sido baja la presencia de mujeres en los gabinetes. A excepción del gobierno de Tabaré Vázquez (2005-2010) donde la presencia de mujeres en este órgano osciló entre el 23% y el 30%, en los gobiernos anteriores que se sucedieron desde la redemocratización, dicha presencia fue nula o mínima, representando en la actualidad (gobierno de José Mujica) el 15,4% (ver Johnson y Pérez, 2010).

⁴ Medida que combina indicadores en salud, educación e ingresos.

Como han señalado algunos estudios, una de las barreras más importantes para el acceso de las mujeres a cargos de representación política en Uruguay se encuentra en los partidos políticos y en las características que adquiere la competencia electoral. Así, la influencia de los *gatekeepers* partidarios en los procesos de selección de candidaturas y en especial la importancia de las reglas informales y los mecanismos de selección “a dedo” perjudican las chances de las mujeres (ver Johnson y Pérez, 2010).

Los datos

Los datos utilizados en este documento provienen del Estudio Mundial de Valores⁵ (WVS, World Values Survey) del año 2006. Las muestras incluyen un total de 1000 personas encuestadas de 18 años y más.

A los efectos de observar el comportamiento de los valores de género en Uruguay se han seleccionado tres preguntas del cuestionario del WVS que miden actitudes igualitarias y no igualitarias en tres ámbitos: política, educación y participación económica. Éstas son las siguientes:

“Para cada una de las siguientes afirmaciones podría decirme si Ud. está de acuerdo o en desacuerdo. ¿Está Ud. muy de acuerdo, de acuerdo, en desacuerdo o muy en desacuerdo?:

- los hombres son mejores líderes políticos que las mujeres

- la educación universitaria es más importante para los hombres que para las mujeres”

“Ud. está de acuerdo, en desacuerdo o es indiferente con la siguiente afirmación:

- cuando los trabajos escasean los hombres tienen más derecho a ellos que las mujeres”

⁵ El Estudio Mundial de Valores es una investigación global sobre cambios socioculturales y políticos. Las entrevistas se han llevado a cabo a muestras representativas a nivel nacional de más de 80 países en los 5 continentes, conteniendo información de diverso tipo como socioeconómica, política, demográfica, etc. Se han realizado un total de 4 olas desde el año 1981, por más información ver: <<http://www.worldvaluessurvey.org/>>.

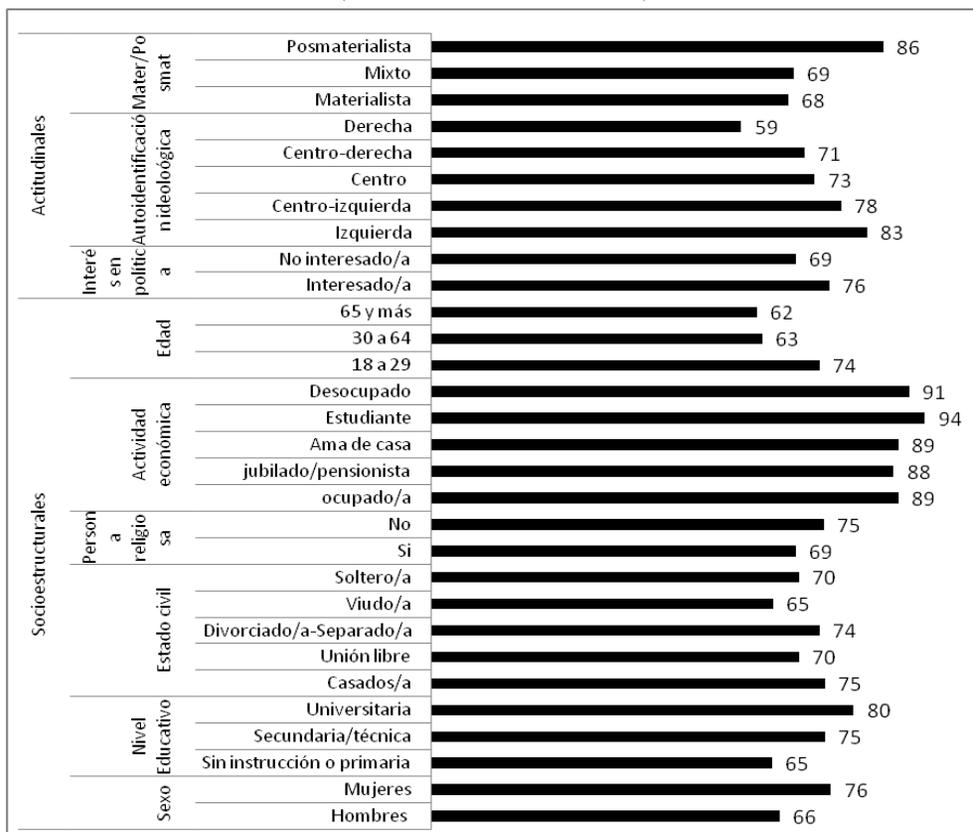
Si bien cuando se comparan los resultados de estas preguntas en la encuesta 1996 respecto a la de 2006, se observa un movimiento hacia valores más igualitarios de género en la población uruguaya, en 2006 aún alrededor de una de cada cinco personas (20%) manifiesta que los hombres son mejores líderes políticos y que tienen más derecho a trabajar cuando los trabajos escasean. En cuanto a la educación universitaria, allí sí se observa que es tan sólo una pequeña minoría que mantiene valores no igualitarios de género (6,3% en 2006 frente a 12,5% diez años antes).

Descripción de los valores de género

Pero ¿cómo se distribuyen los valores de género en la población uruguaya? ¿Estos valores son compartidos de igual manera por todo el público o existen sectores de la población más igualitarios que otros? Con el objetivo de indagar en este punto realizamos primero un análisis descriptivo de nuestras tres variables de interés según una serie de variables socioestructurales y actitudinales relevantes de acuerdo con la teoría.

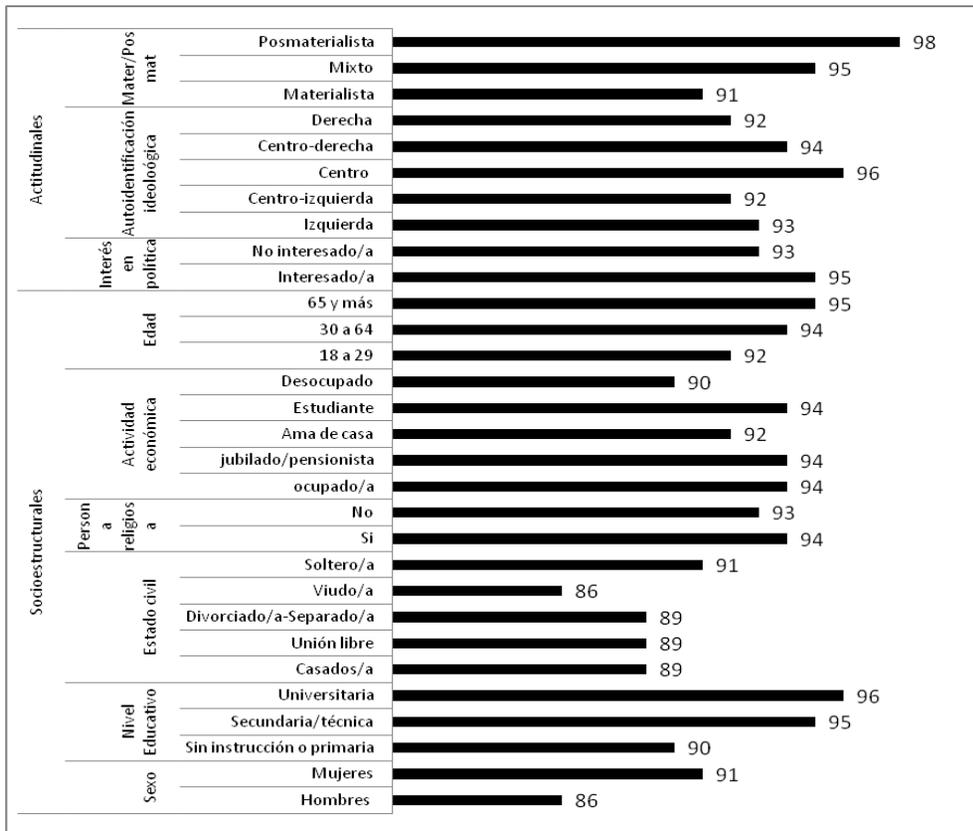
Como se observa en los Gráficos 1 a 3, dentro de las variables socioestructurales, las mujeres muestran valores de género más igualitarios que los hombres en nuestras tres variables dependientes. Lo mismo sucede con las personas más educadas respecto a las menos educadas y con las personas que muestran menos cercanía a la religión frente a quienes no, aunque las diferencias son mínimas en la variable “la educación universitaria es más importante para los hombres que para las mujeres”.

Gráfico 1 – “Los hombres son mejores líderes políticos que las mujeres 2006”
(% en desacuerdo con la frase)



Fuente: Elaboración propia en base a WVS, Uruguay (2006).

Gráfico 2 – “La educación universitaria es más importante para los hombres que para las mujeres 2006” (% en desacuerdo con la frase)

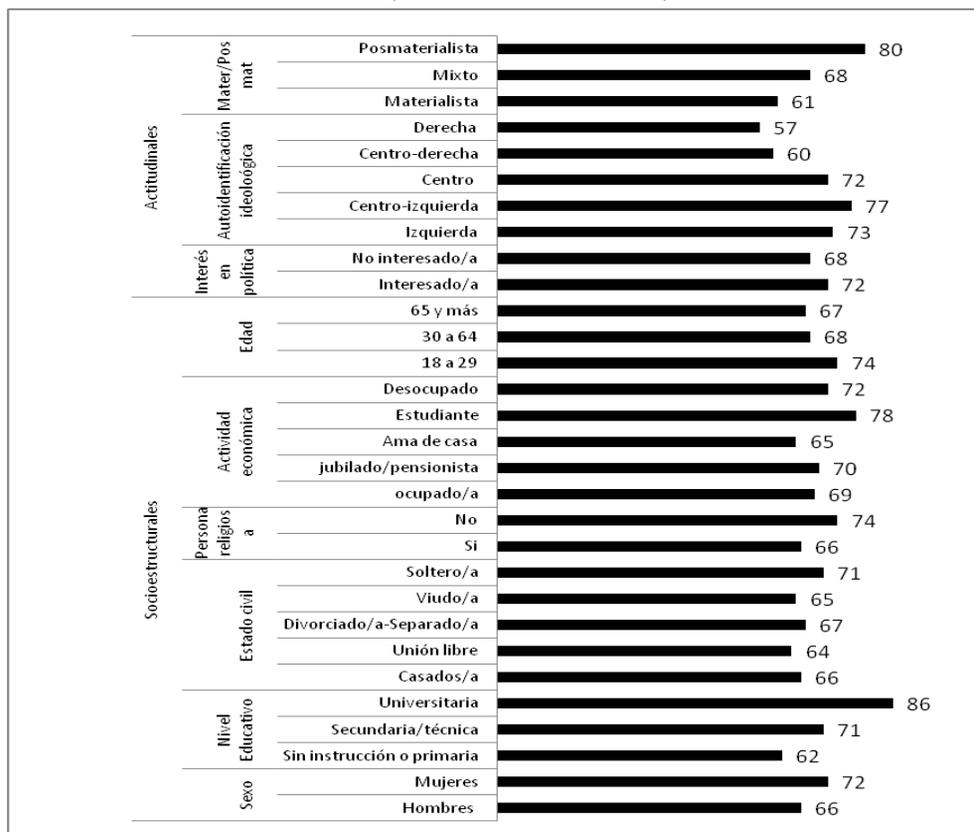


Fuente: Elaboración propia en base a WVS, Uruguay (2006).

La condición de actividad económica no parece, en tanto arrojar diferencias claras salvo por el hecho de que por lo general los estudiantes aparecen como el sector de la población con valores más igualitarios de género, lo que probablemente esté asociado a la edad. Tampoco parece generar varianza el estado civil, a excepción de la categoría “viudo/a” que exhibe en las tres variables menores niveles de desacuerdo con las frases, no obstante también es probable que esto esté asociado a la mayor edad de las personas que se declaran viudas.

Respecto a la edad, el estrato más viejo tiende a exhibir, valores menos igualitarios que las franjas etarias más jóvenes.

Gráfico 3 – “Cuando los trabajos escasean los hombres tienen más derecho a ellos que las mujeres 2006” (% desacuerdo con la frase)



Fuente: Elaboración propia en base a WVS, Uruguay (2006).

Dentro de las variables actitudinales, autoidentificación ideológica parece estar asociada con los valores de género, de tal forma que quienes se autoidentifican como de izquierda exhiben valores más igualitarios que quienes se autoidentifican hacia la derecha. Como se observa de la comparación de los gráficos, se aprecia una asociación en la variable “los hombres son mejores líderes políticos que las mujeres”.

Por otra parte, se observa también que las personas más politizadas (medidas según el grado de interés por la política) presentan valores más igualitarios de género que las más alejadas de la política. Sin embargo, este dato debe leerse a la luz de los anteriores, ya que en Uruguay, por lo general, las personas más interesadas en política tienden a autoidentificarse a la izquierda del espectro político al tiempo que pertenecen a los estratos más educados.

Por último, el estatus posmaterialista, medido a partir del Índice de materialismo-posmaterialismo⁶ también parece estar asociado con valores más igualitarios de género.

¿Los hombres son mejores líderes políticos que las mujeres?: metodología e hipótesis

Para dar cuenta de los factores que influyen sobre el hecho de que las personas posean valores igualitarios de género, en este caso en lo referente a la participación de hombres y mujeres en política en Uruguay, se estimaron dos modelos de regresión logística. La variable de interés (variable dependiente) es recogida con la pregunta que indaga acerca del grado de acuerdo o desacuerdo de las personas entrevistadas con la frase: “*en general los hombres son mejores líderes políticos que las mujeres*”. A partir de esta variable se creó la variable binaria *homlid*, que toma el valor 1 si la persona está en desacuerdo o muy en desacuerdo con la frase, y 0 en cualquier otro caso. Es decir, que el valor 1 indicaría la presencia de valores igualitarios de género. Al tratarse de una variable dependiente binaria, la estimación del modelo es una probabilidad, es decir, la probabilidad de que las personas entrevistadas estén en desacuerdo con la frase o en otras palabras que muestren valores igualitarios de género en política. Las variables independientes incluidas en los modelos son las utilizadas en el apartado anterior. En el Cuadro 1 se presenta la construcción de estas variables para el análisis *logit*.

⁶ Este índice está construido en base a dos preguntas que solicitan al entrevistado que diga qué es lo más importante y lo segundo más importante de una lista de cuatro ítems: “mantener el orden”; “luchar contra el alza de precios”; “dar oportunidad a la gente a participar en decisiones gubernamentales importantes”; y “proteger la libertad de expresión”. Si la persona nombraba las primeras dos opciones como las dos más importantes era clasificado como “materialista”, si elegía las segundas dos opciones, era clasificado como “posmaterialista”, en cambio si elegía una opción de cada uno de los grupos (por ejemplo, mantener el orden y proteger la libertad de expresión) se clasificaba como “indefinido”.

Cuadro 1 – Variables incluidas en los modelos de regresión logística

	Variables originales	Variables en el modelo	Valores
Variabes socioestructurales	Sexo	<i>mujer</i>	1=mujer; 0=hombre
	Edad	<i>menos60</i>	1=menores de 60 años; 0=60 años o más
	Nivel educativo	<i>Secundar</i>	1=nivel educativo secundario; 0=resto
		<i>Terciari</i>	1=nivel educativo terciario; 0=resto
	Actividad	<i>Trabaja</i>	1=trabaja (cuenta propia o empleado); 0=resto
	Estado civil	<i>Soltero</i>	1=soltero; 0=resto
	Religiosidad	<i>Norelig</i>	1=persona que no se considera religiosa; 0=resto
Variabes actitudinales	Autoidentificación ideológica	<i>Izquierda</i>	1=se autoidentifica como de izquierda (valores 1 a 4 en la escala); 0=resto
		<i>Centro</i>	1=se autoidentifica como de centro (valores 5 y 6 en la escala); 0=resto
	Interés en la política	<i>Interés</i>	1=interesado en política; 0=resto
	Índice materialismo-postmaterialismo	<i>Postmaterialist</i>	1=postmaterialistas; 0=resto
		<i>Mixto</i>	1=mixto; 0=resto

Fuente: Elaboración propia en base a WVS, Uruguay (2006).

De acuerdo a lo anteriormente expresado en este trabajo, esperamos que las mujeres muestren valores más igualitarios en política que los hombres debido a su subrepresentación en esta esfera en Uruguay. Asimismo, esperamos que este tipo de valores sean más frecuentes entre las personas de mayor nivel educativo y las que participan en el mercado laboral como consecuencia de su inserción social más moderna en comparación con los grupos menos educados e inactivos. Por su parte, cabría registrar valores más igualitarios de género en las personas solteras y en aquellas más alejadas de la religiosidad en la medida en que estos comportamientos están ligados a valores no tradicionales. Por último, como consecuencia del cambio intergeneracional de valores según el cual las generaciones más jóvenes se socializan

bajo pautas culturales menos rígidas que las generaciones más viejas, se espera que aquel segmento también sea más crítico de los estereotipos de género en política.

Respecto a las variables actitudinales, se espera que las personas que se autoidentifican como de izquierda tiendan a exhibir valores más igualitarios de género en política como resultado del mayor igualitarismo que las posturas clásicas de izquierda suelen asumir ante las desigualdades sociales. Por otro lado, también se plantea como hipótesis que las personas que expresan valores posmaterialistas serían más propensas a exhibir valores igualitarios de género como producto del reconocimiento de la diversidad humana como valor a promover. Por último, también testamos la importancia del interés en la política bajo la hipótesis de que sectores de la ciudadanía más interesados en política mostrarían menos estereotipos de género que los no interesados.

Explicando los valores de género en política en Uruguay

El Cuadro 2 muestra las estimaciones de los dos modelos de regresión logística. En la primera columna de cada modelo se muestra la estimación de los coeficientes, mientras en la segunda se presentan los efectos marginales – en puntos porcentuales – de las variables que resultaron estadísticamente significativas en la estimación como forma de dar cuenta de la magnitud del efecto de las variables independientes sobre la probabilidad de expresar valores igualitarios de género en política.

En primer lugar, observamos que la probabilidad estimada por el modelo de que la variable dependiente tome el valor 1 es de 0,737. Al tratarse de una variable dependiente binaria, esta probabilidad significa que en promedio, el modelo estima que 73,7% de los entrevistados y entrevistadas poseen valores igualitarios de género en lo que respecta a la participación de hombres y mujeres en política (*homlid=1*). Tomando en cuenta que el porcentaje de personas entrevistadas que efectivamente se encuentran en esa categoría en la muestra es de 71,7%, dicha medida de bondad de ajuste del modelo es satisfactoria aunque es una medida parcial.

Del Cuadro 2 se desprende que existe un conjunto de variables estadísticamente significativas: el sexo, el nivel educativo, el estado civil, la autoidentificación ideológica y el estatus postmaterialista. Por el contrario, no se observa un vínculo significativo entre la edad, el estatus ocupacional, la religiosidad y el interés por la política en relación a la variable dependiente.

En cuanto a las variables de tipo socioestructural, el modelo indica que el hecho de que la persona entrevistada sea mujer tiene un efecto positivo en la probabilidad estimada de que esté en desacuerdo con que los hombres son mejores líderes políticos que las mujeres, o sea, en la probabilidad de ser más igualitarias. Con respecto a la magnitud de dicho efecto, se

estima un efecto marginal positivo de unos 13 puntos porcentuales. Esto debe leerse como que, el hecho de ser mujer, aumenta la probabilidad estimada por el modelo de que la variable dependiente tome el valor 1, en 13 puntos porcentuales. Se observa también un efecto de la educación en las estimaciones. Particularmente, tener nivel educativo secundario aumenta 8 puntos porcentuales la probabilidad de tener valores más igualitarios de género en política. En cambio, no se presenta una relación significativa entre el nivel educativo terciario y la variable dependiente. Con respecto al estado civil, se observa un efecto positivo y estadísticamente significativo de ser soltero/a sobre estar en desacuerdo con la frase, es decir, el hecho de ser soltero está asociado con un aumento en la probabilidad estimada de poseer valores igualitarios de género en política de 6 puntos porcentuales.

Tomando ahora en cuenta las variables que componen la dimensión actitudinal, el efecto más fuerte se encuentra entre el estatus postmaterialista y la variable dependiente. En este sentido, las personas catalogadas como postmaterialistas tienen asociada una mayor probabilidad de tener valores más igualitarios de género. El efecto marginal asociado a dicha variable es del entorno de 17 puntos porcentuales. No se encuentra una asociación significativa entre la variable dependiente y quienes son calificados como “mixtos”, una categoría intermedia entre materialistas y postmaterialistas. A su vez, se encuentra un efecto significativo del auto-posicionamiento ideológico en el eje izquierda-derecha. Al omitir la variable *derecha* se encuentra un efecto positivo de auto-identificarse como de izquierda con respecto a considerarse de derecha. La magnitud de dicho efecto es del orden de los 10 puntos porcentuales. No se encuentra asociación entre autoidentificarse como de centro y la variable dependiente.

Cuadro 2 – Resultado de los modelos *logit*: coeficientes y efectos marginales

Modelo 1			Modelo 2		
Homliddu	Coefficiente	Efectos Marginales	Homliddu	Coefficiente	Efectos Marginales
mujer	0,673*** (0,159)	0,132 (0,031)	Mujersecund	0,902*** (0,197)	0,153 0,029
secundar	0,404** (0,169)	0,078 (0,032)	Mujerterci	1,064*** (0,374)	0,160 0,041
terciari	0,300 (0,260)				
menos60	0,037 (0,185)		menos60	0,025 (0,181)	
trabaja	0,131 (0,170)		trabaja	0,026 (0,164)	
soltero	0,329** (0,151)	0,063 (0,028)	Soltero	0,314** (0,151)	0,060 0,028
norelig	0,273 (0,155)		Norelig	0,224 (0,151)	
interes	0,028 (0,163)		Interés	-0,017 (0,161)	
autoidiz	0,562*** (0,200)	0,103 (0,034)	autoidiz	0,532*** (0,200)	0,097 0,034
centro	0,242 (0,173)		Centro	0,220 (0,173)	
postmaterist	0,995*** (0,246)	0,168 (0,034)	postmaterist	1,000*** (0,242)	0,167 0,034
mixto	0,050 (0,169)		Mixto	0,055 (0,168)	

Fuente: Fuente: Elaboración propia en base a WVS, Uruguay (2006).

** Significativo al 5%.

*** Significativo al 1%.

Dada la importancia del sexo y del nivel educativo sobre la variable dependiente, el Modelo 2 presenta la interacción entre ambas variables independientes, excluyéndolas en forma individual. El resto de las variables independientes coinciden con las del Modelo 1. Cabe destacar que tanto los signos de los coeficientes, como la significación se mantienen entre un modelo y otro. Asimismo, los efectos marginales de las variables en común son similares. Por tanto, lo fundamental aquí es analizar el efecto de introducir en el modelo las variables interactivas (sexo y nivel educativo).

Como se aprecia en el cuadro, el efecto de la educación es significativamente más fuerte cuando interactúa con el sexo. Inclusive, el nivel educativo terciario, que no presentaba una relación significativa con la variable dependiente en el primer modelo, cuando interactúa con el sexo se vuelve significativo. Más específicamente, las mujeres de las franjas de población más educadas (nivel educativo secundario y terciario) tienen asociada una probabilidad de presentar valores igualitarios de género en política de 15 y 16 puntos porcentuales más, respectivamente, que las mujeres con nivel educativo primario.

A la luz de las bajas tasas de presencia de mujeres en el Parlamento uruguayo, este fenómeno merece algunos comentarios. En primer lugar, observar los valores de género del segmento más educado de población es relevante en la medida en que éste es el estrato población del cual por lo general se nutren las élites políticas. Es decir, las élites políticas suelen estar sesgadas en su composición respecto a la ciudadanía y uno de los sesgos más importantes es el educativo⁷. En este sentido, el hecho de que las mujeres pertenecientes al segmento social de “eventuales candidatos” (en referencia al sector con educación terciaria) sean las que muestran los niveles más bajos de estereotipos de género en política nos dice algo sobre el nivel de la oferta: las mujeres no parecen manifestar falta de confianza ante su capacidad para actuar políticamente sino todo lo contrario. No obstante, también es cierto que la decisión para postular a un cargo depende de muchos otros factores que trascienden a la confianza personal para desempeñarse en el cargo, así por ejemplo pueden mencionarse: la estructura de oportunidades, los recursos económicos, los apoyos familiares etc.

Pero en segundo lugar, los resultados de los modelos de regresión logística también nos dicen algo sobre el nivel de la demanda. En la medida en que la élite política uruguaya está altamente masculinizada y, los estereotipos de género en política están más presentes en los hombres que en las mujeres, es razonable suponer que las mujeres encontrarán en la cultura de las élites una barrera para su ingreso a la política. Sin embargo, esto podría no ser un factor a considerar si se tiene en cuenta, que como se vio, niveles crecientes de educación hacen disminuir la presencia de los estereotipos de género en política. Dado que las élites están compuestas por personas pertenecientes a los sectores más educados, entonces podríamos considerar que en este nivel los valores tradicionales de género estarían menos presentes que a nivel de la ciudadanía en su conjunto. No obstante, como se desprende del Modelo 2, la educación no afecta a los hombres y a las mujeres por igual: las mujeres son más críticas, y más años de educación disminuyen en mayor medida los estereotipos de género de

⁷ Así, por ejemplo, el estudio de Moreira (2009) sobre las características estructurales (y culturales) de las élites políticas en América Latina permite observar que los parlamentario/as uruguayos/as que tienen estudios terciarios representan casi el 90%.

las mujeres en relación a los de los hombres⁸. Por lo tanto, los resultados de este análisis permiten afirmar que en la cultura del segmento poblacional del cual se nutre la élite política uruguaya (hombres de mayor nivel educativo) las mujeres encuentran una barrera para su ingreso a la política.

Por otro lado, también merece un comentario especial el efecto del estatus posmaterialista sobre generación de valores igualitarios de género en política. Este efecto no es sin embargo sorprendente en la medida en que, como se explicitó, el posmaterialismo hace referencia a valores de autoexpresión y la equidad de género es uno de ellos. De esta forma, no parece raro que quienes expresan posiciones posmaterialistas sean a la vez las personas más igualitarias en términos de género como consecuencia lógica de una mayor aceptación de la diversidad humana y flexibilidad ante los comportamientos establecidos. Pero más allá de esto, este punto plantea una interrogante: si las mujeres son quienes tienen las posturas más igualitarias en términos de género y el estatus posmaterialista está asociado a la equidad de género, ¿son las mujeres más posmaterialistas que los hombres en los valores de género?

Como ya fue señalado, los problemas de la cultura política han sido poco estudiados desde el punto de vista del género, no obstante, cabría esperar que las mujeres no exhibieran un estatus posmaterialista mayor al de los hombres sino más bien lo contrario. Las mujeres se encuentran en una posición social desventajosa respecto a los hombres (tienen menos recursos, son más pobres, participan menos en el mercado de empleo, sufren de mayores tasas de desocupación, son mayormente las víctimas de violencia e inseguridad ciudadana, etc.). En este sentido, las mujeres presentan un déficit en la satisfacción de sus necesidades materiales mayor al de los hombres, lo que hace pensar que desarrollaran niveles más bajos de valores de autoexpresión que éstos. De esta forma, los valores hacia la equidad de género serían un caso especial en cuanto al comportamiento del sexo en los valores de autoexpresión, más relacionado a una posición crítica de las mujeres debido a su desventajosa posición social que a una adopción generalizada de valores posmaterialistas.

Otra variable con efectos fuertes sobre la variable dependiente es la autoidentificación ideológica, específicamente autoidentificarse como de izquierda. Esta relación tampoco es sorprendente. Otros trabajos ya han encontrado una asociación entre identificarse como de izquierda y los valores de autoexpresión (ver por ejemplo Moreira, 2009).

⁸ En términos descriptivos, el desacuerdo con la frase “los hombres son mejores líderes políticos que las mujeres” aumenta tan sólo 6 puntos porcentuales entre los hombres con estudios primarios y los hombres con estudios terciarios, en tanto para las mujeres los niveles de desacuerdo de una franja a otra se incrementan en 23 puntos porcentuales.

Conclusiones

Este trabajo pretendió analizar un tipo especial de valores de autoexpresión relativos a la equidad de género en el entendido de que la prevalencia de valores tradicionales de género es uno de los factores que influyen sobre la participación más o menos equilibrada de hombres y mujeres en política y por tanto sobre la calidad de los regímenes democráticos.

El trabajo muestra el efecto diferencial de la educación sobre los estereotipos de género en hombres y en mujeres de tal manera que son las mujeres de las franjas de población más educadas las más igualitarias. Es posible que esta divergencia de valores se explique por la desventaja crónica que presentan las mujeres en el ámbito público: si un grupo considera que no es totalmente valorado en sus capacidades o encuentra barreras para acceder a ciertos ámbitos tenderá a acentuar – más que otros grupos – valores y actitudes que lo beneficien. Pero por un lado, esta brecha de valores sugiere algunas cuestiones sobre la oferta y demanda de candidatas a nivel político. Si las mujeres están más en desacuerdo con el hecho de que los hombres sean mejores líderes, entonces, es razonable deducir que entre ellas existe cierto grado de autoconfianza personal en el desempeño de una función asociada tradicionalmente a lo masculino. Desde este punto de vista entonces, los problemas asociados a la oferta de candidatas deberían relativizarse. Sin embargo, también se debe señalar, que si bien los valores están en la base de actitudes y conductas, en este caso, poseer valores más igualitarios de género no necesariamente implica, para el caso de las mujeres, su traducción lineal a una mayor predisposición a participar activamente en política. Otros estudios han mostrado que las mujeres están menos interesadas en política que los hombres, son menos ambiciosas y participan menos en las organizaciones que por lo general sirven de trampolín a las candidaturas: sindicatos, gremios, partidos políticos (INGLEHART y NORRIS, 2005; LAWLESS y FOX, 2005).

Pero por otro lado, esta divergencia de género en estos valores debe interpretarse a la luz de la demanda de candidatos para ocupar cargos en un sistema político: si son los hombres quienes en mayor medida piensan que las mujeres no son tan óptimas como líderes políticas en relación a ellos, y a su vez son éstos quienes ocupan los puestos más importantes de las estructuras de poder partidarias y seleccionan a los candidatos, es de esperar que sus expectativas acerca del desempeño de hombres y mujeres en política influirá en la selección de las personas adecuadas para ocupar un cargo.

El trabajo deja asimismo preguntas de investigación abiertas para los estudios en género y cultura política. ¿Son las mujeres más auto-expresivas que los hombres o esto sólo se produce como consecuencia de su particular posición social y por lo tanto su “auto interés” frente a una situación de desigualdad? A priori deberíamos contestar en el sentido planteado

en la segunda parte de la pregunta, no obstante estos puntos requieren mayores profundizaciones.

Verónica Pérez é Mestre em Ciencia Política pela Facultad de Ciencias Sociales (FCS), Universidad de la República (UdelaR) e estudante de Doutorado em Ciencias Sociales da mesma instituição, investigadora e docente do Departamento de Ciencia Política, FCS, UdelaR.

E-mail: veroperezbentancur@gmail.com

Daniela Vairo é Mestre em Ciencia Política pela FCS, UdelaR e candidata a Doutora em Ciencia Política pelo Instituto de Estudos Sociais e Políticos da Universidade do Estado do Rio de Janeiro (IESP-UERJ), investigadora e docente do Departamento de Ciencia Política, FCS, UdelaR.

E-mail: danielavairo@gmail.com

Referencias

ALMOND, Gabriel; VERBA, Sidney. *The Civic Culture*. Princeton: Princeton University Press, 1963.

INGLEHART, Ronald; BAKER, Wayne E. Modernization, cultural change and the persistent of traditional values. *American Sociological Review*, Nashville, v. 65, n. 1, p. 19-51, feb. 2000.

INGLEHART, Ronald; NORRIS, Pippa. Cultural Barriers to Women's Leadership: A Worldwide Comparision. In: *International Political Science Association World Congress*, 18., Quebec, 2000.

_____. *Rising Tide*. Gender Equality and Cultural Change Around the World. Cambridge: Cambridge University Press, 2003.

_____. Gendering Social Capital. In: O'NEILL, Brenda (Ed.). *Gender and Social Capital*. New Cork: Routledge, 2005. p. 73-98.

INGLEHART, Ronald; WELZEL, Christian. *Modernización, cambio cultural y democracia: la secuencia del desarrollo humano*. Madrid: CIS-Siglo XXI, 2006.

JOHNSON, Niki. *La Política de la ausencia: las elecciones uruguayas 2004-2005 y la equidad de género*. Montevideo: CNS Mujeres, 2005.

JOHNSON, Niki; PÉREZ, Verónica. *Representación (s)electiva*. Una mirada feminista a las elecciones uruguayas 2009. Montevideo: Cotidiano Mujer-UNIFEM-ICP, 2010.

KANE, Emily. Men's and Women's Beliefs About Gender Inequality: Family Ties, Dependence and Agreement. *Sociological Forum*, Wayne, v. 13, n. 4, p. 611-637, dec. 1998.

LAWLESS, Jenifer; FOX, Richard. *It takes a candidate*. Why women don't run for office. Cambridge: Cambridge University Press, 2005.

MATLAND, Richard. El proceso de representación y reclutamiento legislativo de las mujeres. In: *Seminario Mujer, Partidos Políticos y Reforma Electoral*, Lima, 2004.

MCCLOSKEY, Hubert. Consensus and Ideology in American Politics. *American Political Science Review*, Denton, v. 58, n. 2, p. 381-382, jun. 1964.

MOREIRA, Constanza. *Entre la protesta y el compromiso*. La izquierda en el gobierno. Uruguay y América Latina. Montevideo: Trilce, 2009.

NORRIS, Pippa. *Electoral Engineering: Voting Rules and Political Behavior*. Cambridge: Cambridge University Press, 2004.

_____. The Impact of Electoral Reform on Women's Representation. *Acta Política*, v. 41, n. 2, p. 197-213, jul. 2006.

RENDLOVA, Eliska. The Gender Paradox in Public Opinion Surveys. *Czech Sociological Review*, Praga, v. 7, n. 2, p. 167-178, 1999.

SANBONMATSU, Kira. Political Knowledge and Gender Stereotypes. *American Politics Research*, Thousand Oaks, v. 31, n. 6, p. 575-594, nov. 2003.

STEEL, Gill; KABASHIMA, Ikuo. Cross-Regional Support for Gender Equality. *International Political Science Review*, Thousand Oaks, v. 29, n. 2, p. 133-156, mar. 2008.

YERIC, Jerry L.; TODD, John R. *Public Opinion*. The visible politics. Itasca: Peacock Publishers, 1996.

Texto recebido em 16/10/2012.

Aprovado em 23/10/2012.